

————— *Necrológica* —————

**Sesión Necrológica en Homenaje al Excmo.
Señor Don Antonio Portolés Alonso**



El Excmo. Señor Don Antonio Portolés Alonso nació el día 31 de diciembre de 1923 en Madrid. Tomó posesión como Académico de Número el día 16 de octubre de 1986 de la Medalla número 8. Falleció el día 12 de julio de 2005. La Sesión Necrológica se celebró el día 1 de diciembre de 2005, participando el Excmo. Señor Don David Martín Hernández, el Ilmo. Profesor Doctor Don Rubén López García y la Excma. Señora Doña M.^a del Carmen Francés Causapé. Fue presidida por el Excmo. Señor Don Juan Manuel Reol Tejada, Presidente de la Real Academia Nacional de Farmacia.

Reflexiones sobre las fuentes vitales de las actuaciones del excepcional Académico

DAVID MARTÍN HERNÁNDEZ

Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia

Excmo. Señor Presidente de la Real Academia Nacional de Farmacia,

Excmas. Señoras Académicas,

Excmos. Señores Académicos,

Querida Familia Portolés-Pérez Ureña,

Señoras y Señores,

Se me ha encomendado la gratificante tarea de ser uno de los cuatro ponentes que intervendrá en la presente sesión necrológica en memoria del Excmo. Señor Académico de Número, Presidente de la Sección 6.^a de Historia, Legislación y Bioética, Don Antonio Portolés Alonso.

Reconozco la emoción y el honor que para mí supone hablar aquí en este acto del Doctor Portolés, aunque al mismo tiempo, no deje de darme cuenta de la responsabilidad que con ello asumo.

Me unía una sincera amistad con el Doctor Portolés, y me sigue uniendo un gran afecto a su familia, y he aceptado con entusiasmo este honor. De lo que no estoy tan seguro es de alcanzar la calidad necesaria para reflejar lo que desearía, con el fin de resaltar la excepcional personalidad humana de quien quisiera esbozar sus rasgos más sobresalientes.

Con la ayuda de Dios y la indulgencia de todos ustedes, inicio mi humilde glosario.

En primer lugar, mi sincero agradecimiento a todos los que me han aportado datos, y en especial a su amable familia.

Destacaría principalmente la calidad humana de Don Antonio. Desde el primer contacto se advertía su gran bondad, que fluía de sus principios auténticamente religiosos, afabilidad, templanza, inquietud investigadora y gran tesón.

Nació el día 31 de diciembre de 1923 en Madrid, y fue el mejor regalo que recibió el matrimonio madrileño de raíces aragonesas (abuelos de Calandra, Teruel). Le cuidaron con el amor de único hijo, a quien infundieron los buenos principios que le acompañarían toda su vida, junto con el recuerdo y la extraordinaria admiración hacia su progenitor.

Las peligrosas circunstancias de la capital de España en la situación de la Guerra Civil, obligaron a que, con gran dolor, trasladaran a su hijo de doce años, en la pre-adolescencia, a la ciudad de Olmedo (Valladolid). Posteriormente, se trasladaría a Burgos, acogido generosamente por la familia de su amigo el Doctor Don Emilio Ronda Loin.

Así permaneció durante largo tiempo en condiciones adversas, separado de sus padres y amigos. Pasada la Guerra Civil se produjo el feliz reencuentro con sus padres.

Sus especiales cualidades físicas y psíquicas, y el recuerdo de las enseñanzas paternas, hicieron que esas durísimas circunstancias forjaran su espíritu emprendedor y resistente, lejos de convertirlo en un chico resentido o traumatizado por las adversidades que tuvo que afrontar, y mantuvo lazos de agradecimiento con estas familias.

Su gran atracción por las Ciencias de la Salud y Experimentales le dirigió a iniciar su carrera de Farmacia y posteriormente la de Ciencias Biológicas, que culminaron en ambas disciplinas con brillantes títulos de doctor.

Perteneció, por tanto, a esa generación que, merced a la inteligencia y al esfuerzo, contribuyeron, en circunstancias muy adversas, a sentar las bases del desarrollo científico actual.

Su anhelo por volar, surgida probablemente en Olmedo, donde tuvo ocasión de relacionarse con los aviadores italianos que allí estaban instalados, le inclinaron hacia la carrera militar en la Academia del Ejército del Aire donde desarrolló su labor como farmacéutico analista, compaginándolo con la investigación microbiológi-

ca. Recibió los reconocimientos del ejército de la Cruz y la Placa de San Hemenegildo.

Esta vocación investigadora le supusieron mucho sacrificio personal y familiar, pero también muchas satisfacciones.

El Profesor Doctor Don Rubén López García tendrá ocasión de desarrollar, a continuación, esta faceta de gran investigador desde la visión del que fuera su entrañable colaborador.

Reflejo de su espíritu disciplinado y de su gran fuerza de voluntad eran los carteles elocuentes que adornaban su despacho con frases como:

«Hay que buscar la verdad dondequiera que esté, y aceptarla sin mirar de dónde viene», o un panel en el que un ratoncito se esforzaba por arrastrar cuesta arriba a un elefante mientras decía: «Where there's a will there's a way» (Allí donde haya un deseo, se encontrará una solución).

Su capacidad y vocación emprendedora le llevaron también a dedicarse con afán y especial cariño a las labores organizativas de esta Academia, donde, bajo la dirección del Profesor Don Rafael Cadórniga, ocupó durante varios años el cargo de Secretario, como tendrá oportunidad de desarrollar la Profesora Doctora M.^a del Carmen Francés Causapé.

En la faceta personal de Don Antonio resalta su resistencia física y su afán de superación, llegando a ser un buen deportista y destacando en gimnasia, equitación y esquí, donde consiguió varios trofeos en competiciones y socorrismo de montaña.

Asimismo, mostró tener muchas cualidades para las artes, como la pintura y la escritura, artes que tuvo ocasión de desarrollar desde una edad muy temprana y luego estando becado en París, donde dedicaba los ratos libres que su trabajo de investigación en el Instituto Pasteur le permitían para desarrollar dichas aficiones.

Estaba de nuevo alejado temporalmente de su familia (en aquel entonces ya con tres hijos muy pequeños) pero la observación de los pintores espontáneos en la Place du Tertre en Montmartre le permitió observar, aprender, entretenerse y desarrollar una faceta para la que siempre tuvo grandes cualidades.

En dicho sentido, tuvo ocasión de fomentar dicha vocación artística especialmente durante sus últimos años de vida, habiendo donado dos importantes esmaltes al Museo de la Real Academia Nacional de Farmacia.

También, en estos últimos años, dedicó parte de su tiempo a escribir, tanto en prosa como en verso, ofreciendo con gran simpatía versos a los miembros de su familia y a los aconteceres políticos y sociales del momento.

Además de sus innumerables méritos científicos y académicos, el Doctor Portolés siempre consideró que su gran obra fue su familia: familia que construyó en compañía de su inseparable esposa Doña M.^a Teresa. Juntos formaron una pareja muy bien compenetrada que ha transmitido a sus hijos y nietos, con gran cariño, principios y valores humanos. Como Doctora en farmacia, Doña M.^a Teresa colaboró con él en muchos de sus importantes trabajos y publicaciones.

Para terminar, quisiera recordar aquella sentencia de Confucio que creo que resume ejemplarmente la vida del Doctor Don Antonio Portolés:

¿Hay un precepto que puede guiar la acción de toda una vida?:
AMOR.

En memoria de Antonio Portolés: la amistad y la inteligencia al servicio de la Microbiología

RUBÉN LÓPEZ GARCÍA
Profesor de Investigación del CSIC

Excmo. Señor Presidente,

Excmos. e Ilmos. Señores Académicos,

Señoras y Señores,

Queridos amigos,

Al hablar hoy en esta docta Academia debo confesar, en primer lugar, un sentimiento ambivalente. Por una parte, de agradecimiento hacia esta Real Institución por haberme concedido el honor de ocupar esta tribuna para glosar la irrepetible personalidad de mi maestro Antonio Portolés. Mi segunda impresión es de dolor, un dolor muy sentido, porque siempre pensé, con ingenuidad imperdonable, que en mis vivencias futuras nunca me faltaría la presencia de mi mentor para recibir uno de sus impagables consejos. Esos consejos que en mis largos años de convivencia en su laboratorio fueron forjando mi madurez como científico y como ser humano.

Desgraciadamente, mi maestro y amigo, el Profesor de Investigación Antonio Portolés Alonso falleció en Madrid el pasado 12 de julio. Antonio ha personificado un referente y un ejemplo de profesionalidad para decenas de microbiólogos españoles pero, sobre todo, ha sido, para aquellos que hemos tenido la suerte de trabajar con él, un hombre singular. Farmacéutico de profesión pero, sobre todo, biólogo de vocación, Antonio supo crear en el marco que nos proporcionaban los escuálidos laboratorios del histórico edificio del Centro de Investigaciones Biológicas de la calle de Velázquez, una atmósfera de continua y apasionada entrega en el estudio de la microbiología. Esa pasión contagiosa la llevaremos muchos de sus discípulos

hasta el final de nuestras vidas. El Profesor Portolés aprendió a simultanear, por auténtica necesidad vital, su trabajo como microbiólogo con su carrera militar en el Cuerpo de Farmacia del Ejército del Aire, donde obtuvo el número 1 de su promoción. También en esa profesión, donde alcanzó el grado de Comandante, fue un triunfador nato. Aún resuenan en mis oídos las anécdotas sobre sus vuelos a diferentes puntos de la geografía española a bordo de aquellos aviones que confiaban el éxito de sus singladuras, más en la confianza de sus amigos y expertos pilotos que en las condiciones técnicas que cabría esperar del aparato. Pero la vida había forjado en Antonio el hábito de enfrentarse a situaciones difíciles con una casi permanente sonrisa que, a todos, nos infundía confianza.

En muchas ocasiones he pensado que esa confianza en lo que hacía tenía profundas raíces en la dura juventud que le tocó vivir en medio de una guerra fratricida afrontando situaciones de penuria que a un adolescente de nuestros días le parecería una experiencia difícil de imaginar. Siempre recordaré que Antonio resaltaba con un apasionamiento, impropio de los años que rememoraba, el espíritu de autodisciplina impuesto para sobrellevar aquel áspero día a día de nuestra guerra, y, lo que resultaba aún más admirable, obligado a frecuentar en esos turbulentos años aquellos Institutos de Enseñanza Media, que bien podríamos llamar de campaña, supo beneficiarse de ellos con inteligencia y aprovechamiento.

Antonio, una vez terminada con brillantez su licenciatura en Farmacia, comenzó a simultanear su carrera militar con su trabajo en el laboratorio del Profesor Don César González Gómez en la Facultad de Farmacia. Allí se doctoraría y pronto comenzaría a publicar los resultados de su trabajo. En el año 1950 se incorporaría como becario al CSIC y dos años más tarde al Centro de Investigaciones Biológicas donde trabajaría hasta su jubilación como Profesor de Investigación. Antes de que esto sucediera, el Profesor Portolés crearía el Instituto de Inmunología y Biología Microbiana, y conduciría con buen pulso profesional y afectivo, durante unos años, la dirección del CIB. No obstante, siempre percibió con claridad que precisaba incorporar nuevos conocimientos a su imparable vocación microbiológica para convertirse en un científico de referencia, lo que le llevó a marchar a Sheffield (Inglaterra) aunque ese esfuerzo impli-

cara el alejamiento momentáneo de la familia que ya había comenzado a formar con su mujer, nuestra M.^a Teresa.

De su estancia en Inglaterra se trajo en la mochila de antiguo esquiador y montañero (deportes que practicó con éxito y entusiasmo), un artilugio en piezas pequeñas que, una vez ensambladas, habrían de convertirse, para tortura de algunos de nosotros, en el primer quimiostato que funcionaría en España. Con el nunca bien ponderado Cultivo Continuo sufrimos y disfrutamos pero, particularmente, nos curtimos en los sinsabores y en las alegrías de trabajar con microorganismos. Con estos mimbres afrontó Antonio el desafío que significaba entonces trabajar en ciencia en España y publicar los resultados en el extranjero. Por aquel tiempo, los logros científicos de Antonio comenzaban a brillar con luz propia y por ello atrajo a su laboratorio a muchos jóvenes que, como es mi caso, percibíamos que se trataba de un profesional preparado y, algo muy importante, de una persona generosa para compartir con sus discípulos sus muchos conocimientos. Además del que os habla, acudirían a su grupo jóvenes investigadores que hoy son grandes científicos, como atestiguan los ejemplos de los Profesores de Investigación Ernesto García y Manolo Espinosa. Luego se unirían al grupo el Profesor Victoriano Campos, hoy Catedrático de la Universidad de Valparaíso (Chile) y el Doctor J. M. Rojo, ambos Académicos de esta Institución, las Doctoras Isabel Barasoain y Concha Ronda, el Doctor Nazario Rubio, hoy investigador del Instituto de Neurología Ramón y Cajal del CSIC, y un larguísimo etcétera de doctores formados en su laboratorio como ejemplarizan grandes profesionales como Purificación Fernández, Ramón Corripio, Tere Iriarte, Paco Ramos, M.^a Ronda, y así, para no hacer tedioso mi parlamento, hasta un total de más de cuarenta doctores formados en su laboratorio, siempre estrecho en dimensiones, pero inconmensurable en afectos.

Estos afectos no eran simple retórica, ya que se materializaban en hechos que sólo la necedad podría considerar menores. Así, cuando después de arduos esfuerzos podíamos, finalmente, acariciar ese ejemplar de la Memoria de Tesis, que encerraba el germen de nuestra futura carrera científica, aprendíamos, asimismo, que nuestro trabajo había sido posible gracias al esfuerzo de compañeras casi anónimas a la hora de los halagos. Por eso, contraíamos desde entonces una permanente deuda de gratitud hacia dos queridas ami-

gas: Maite Alda y Marisa del Pozo, quienes unían a su aptitud profesional un gran afecto hacia Antonio y hacia todos nosotros. Antonio nunca me perdonaría si no dejara constancia, en un día como hoy y en este marco singular, de su agradecimiento hacia estas dos queridas compañeras.

Soy consciente de que esta imagen profesional que acabo de delinear sobre el devenir y las orientaciones de nuestro laboratorio pueden sonar obsoletas en los tiempos que corren, donde se conjugan con dificultad, en demasiadas ocasiones, productividad científica y amistad. Pero, en contrapartida, mi relato aspira a colocar en su justo lugar las coordenadas que en los años sesenta y setenta del pasado siglo tenían que marcarse aquellos maestros, que ejemplariza el caso de Antonio como ningún otro, para llegar a convertirse en los auténticos pioneros e impulsores de la moderna Microbiología de la que hoy disfrutamos. Y, así, animó nuestros temores, en los años sesenta del pasado siglo, para que comprendiéramos y afrontáramos el reto que suponía encaminar nuestros pasos hacia laboratorios de excelencia fuera de nuestro país. Siempre nos preparó profesionalmente para que, más pronto que tarde, adquiriéramos, a través del conocimiento, la fortaleza imprescindible para seguir su envidiable estela a la hora de formar nuevos microbiólogos y, ¡ahí es nada!, para que creásemos grupos competitivos de investigación. Ésa, Antonio, fue tu cátedra personal enraizada en el afán de conjugar sabiduría y afecto, y desde la cual tus discípulos hemos procurado ampliar las enseñanzas que de tí recibimos. Confiamos en no haberte defraudado demasiado a la hora de cumplir tus expectativas.

Antonio publicó, si la memoria no me falla, más de dos centenares de trabajos científicos. Entre las líneas de investigación que exploró estaban la fisiología microbiana, una gran olvidada en la Microbiología de hoy, que algunos hemos tratado de recuperar para que la biología molecular no nos impida olvidar con su pujanza que trabajamos con seres vivos. Luego, vendrían los trabajos, en ocasiones pioneros, sobre la incorporación de la ingeniería genética a los microorganismos, y el reconocimiento internacional en este campo se plasmó en la brillante organización que realizó como Presidente del IV Congreso Internacional de Transformación y Transfección Genética celebrado, excepcionalmente, en las salas del Palacio de Carlos V en 1976 en la ciudad de Granada. Durante el acto de clau-

sura el Profesor Thomas Trautner, vicepresidente del Instituto Max Planck y un gran amigo nuestro, sinceramente impresionado por el éxito científico y por el marco mágico que envolvió al congreso, se atrevió a bromear sobre esa cualidad *cuasi* taumatúrgica que poseía Antonio para desarrollar con brillantez sus compromisos, al afirmar que no le resultaría extraño que, en pleno verano granadino, «mañana Antonio nos obsequiara haciendo aparecer la nieve sobre Sierra Nevada».

Pero nuestro siempre inquieto maestro no conocía fronteras en su frenética actividad y se atrevió, una vez más con éxito, a crear una escuela de Inmunólogos, con especial dedicación a la investigación inmunofarmacológica, que continúa en la actualidad bajo el liderazgo de José M.^a Rojo, Isabel Barasoáin y de su hija Pilar Portolés. Si me permite por un momento una incursión a la frivolidad, en un acto con la solemnidad exigida al foro que hoy nos ocupa, creo que él, mejor que nadie, podía definir su turbulenta entrega al trabajo cuando, aflorando su innegable gracia madrileña, en sus momentos de agobio solía decirme: «Rubén, hoy me siento como un gato en una fábrica de sifones». No obstante, Antonio, no traeré aquí como bandera de agitación demagógica los índices de impactos ni otras estimables medidas bibliométricas que se establecen para valorar la producción científica, y que, ahora con demasiada frecuencia, se usan de forma torticera como moneda de cambio. Ese uso espurio condiciona en demasía estos días las relaciones entre los científicos, y, aplicado a nuestro pasado no tan lejano, olvida, muy a menudo, el difícil contexto donde tenías y teníamos que desarrollar nuestro trabajo. Tus aportaciones científicas fueron de una suerte superior a todos los impactos concebibles porque proporcionaron una sin par plataforma para formar a decenas de científicos de calidad, pero, sobre todo, para procurarnos un rico horizonte donde saber valorar el factor humano.

Son tantas las iniciativas que debemos a Antonio en el campo de la Microbiología que estoy seguro de no poderlas abarcar como él se merece. Su cariño hacia la Sociedad Española de Microbiología no tenía límites: fue un *Secretario* inolvidable y desde esa atalaya impulsó las publicaciones de esa Sociedad, la celebración de reuniones periódicas y el crecimiento de la familia, ¡larga familia!, que hoy formamos los microbiólogos españoles. La Microbiología ha sufrido

en los últimos cincuenta años muchos avatares. Se pensó que esas «balas mágicas» que han representado los antibióticos habían puesto un punto final a las bacterias patógenas. Ya sé, Antonio, que muchas veces hemos coincidido a la hora de concluir nuestras charlas que los que sostenían esa insensatez, simplemente, no eran biólogos. Habían olvidado que las bacterias están entre nosotros desde hace más de 3.500 millones de años y, para bien y para mal hoy, más que nunca, «gozan de buena salud» y son una impagable fuente de enseñanzas y, en el futuro inmediato, serán una insólita veta de innovación.

Eras un maestro convencido de que teníamos que volver a colocar la doctrina que estudia a los seres microscópicos en el lugar que le corresponde: porque, ahora, como casi siempre, los microbios siguen siendo la primera causa de muerte en este desigual mundo. De ahí que, nunca satisfecho a la hora de crecer en sabiduría y en entrega a los demás, desarrollaras desde tu puesto de Secretario de la Real Academia de Farmacia, ya jubilado del CSIC, una fructífera labor, porque siempre he pensado que ese impulso imparable que tenías para realizar ciencia te venía de compartir con nuestro Calderón de la Barca la idea de que: «A la vista de las Ciencias, la ignorancia es no saber aprovecharlas». Es decir, creías firmemente que lo contrario de la ciencia es la complacencia. Así, te entregarías, sin límites en tu lucha intelectual, a que se potenciara el Anuario que sanciona esta Real Academia (siempre nos acuciabas para que presentáramos colaboraciones a esa revista), y, asimismo, para que surgiera una atmósfera renovadora de la microbiología en esta docta institución, con la inclusión entre sus académicos de nuevos y acreditados practicantes de la microbiología como nuestra compañera del CIB la Doctora Concha García Mendoza, que se unía así a otros veteranos e ilustres miembros, como es el caso de otro de mis maestros el Profesor J. R. Villanueva, y el de los Profesores M. Rubio y Román de Vicente.

Pero, alentando todo cuanto he dicho, emerge la figura de la Doctora M.^a Teresa Pérez Ureña, tu fiel y entregada compañera. Con ella creó Antonio una envidiable simbiosis para llevar a buen puerto las múltiples facetas familiares y profesionales en las que se empeñó con pasión. Para nosotros, sus discípulos, Mari Tere ha sido una consejera singular a la que nunca le faltó una palabra de aliento en

los difíciles momentos que, en tantas ocasiones, hemos pasado sus becarios frente a esa poyata que en el laboratorio, a menudo, «traicionaba» con su implacable rigor científico nuestras hipótesis experimentales. Bien sabes Mari Tere que, sin fisuras, siempre contarás con nuestro reconocimiento y ahora, más que nunca, nos gustaría devolverte un poco del aliento y del afecto que tú nos has proporcionado en tantas oportunidades difíciles de nuestra vidas.

Descansa en paz, querido e irrepitible maestro, pero, antes de terminar, déjame usurparte, a ti que con tanto esmero cuidabas el estilo literario de tus escritos, uno de los *latines* que de ti aprendimos y que, en esta oportunidad, tan adecuadamente define y resume tu fructífera vida: *Sic luceat lux*.

Muchas gracias por su atención.

Antonio Portolés Alonso: Académico

MARÍA DEL CARMEN FRANCÉS CAUSAPÉ

Académica de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia

Me cabe el triste encargo de la Junta de Gobierno de esta Real Academia Nacional de Farmacia, y a propuesta de la Sección Sexta, intervenir en esta Sesión Necrológica en Memoria del Doctor Don Antonio Portolés Alonso para glosar su figura como Académico.

Fueron casi dos años los que ocupé el cargo de Vicesecretaria colaborando con Don Antonio, como Secretario de esta Corporación, quien al dejar el cargo me dirigió una carta personal el 13 de octubre de 1997 en la que, por tener que ocuparme con carácter interino de la Secretaría, con su habitual deferencia, elegancia y caballerosidad, me decía: «siento haberte complicado algo la vida en la Academia». No podíamos intuir ninguno de los dos la circunstancia insólita en que en mi nueva situación de «Académica de Número de base», producida tan sólo hace unos minutos, me cupiera llevar a cabo la tarea que ahora abordo con motivo del luctuoso hecho de su desaparición.

Don Antonio era hombre educadísimo, de una rectitud tal en su ánimo y en su mente que su vida era un completo equilibrio. Reinaba la armonía en su persona, en su vida familiar, profesional, social y académica en particular, por lo que se ganó en vida nuestra estima, respeto, confianza, admiración, amistad y afecto. Le hemos perdido y, como decía Domingo Henares:

*«...morir es cosa de un segundo,
que es del tiempo la parte más pequeña,
llavera de las puertas de otro mundo».*

Don Antonio Portolés Alonso nació en Madrid en 31 de diciembre de 1923 y murió en la misma localidad el 12 de julio de 2005 a los ochenta y un años de edad. Su protagonismo en esta Real Academia,

que estuvo exento de todo personalismo, se caracterizó por una modélica convivencia y una enorme creatividad que sirvió de crucial inspiración para otros Señores Académicos. No podría ser menos en una figura como la de él, que siempre se significó por su «excelencia» científica y su «excelencia» en lo personal.

I. ANTONIO PORTOLÉS: ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

En esta Real Academia siempre se consideró a Don Antonio como una personalidad científica destacada, prueba de ello es que en el año 1952 se le concedió el Premio «Clariana» y en 1964 el Premio de la «Real Academia de Farmacia» en el Concurso Científico del año 1963. No es extraño por ello que el 26 de abril de 1965 avalaran su candidatura como Académico Correspondiente, los Académicos de Número Doctores Don Lorenzo Vilas, Don Ángel Santos y Don Arturo Eyries. En esta ocasión el trabajo que envió, junto a su magnífico *currículum vitae*, versaba sobre *Problemas inmunológicos en relación con la Antibioterapia* que, en ese momento, según el informe emitido por el Doctor Don Lorenzo Vilas, el 3 de junio de 1965, era un «tema de gran actualidad... apoyado en abundante y moderna literatura, además de su propia opinión, basado en sus trabajos experimentales», y termina el Doctor Vilas asegurando que «es un trabajo digno, moderno e interesante». En conclusión, en la Junta de Gobierno de 16 de diciembre de 1965 fue admitido en la Corporación como Académico Correspondiente, lo que le comunicó el entonces Secretario Perpetuo, Don Toribio Zúñiga y Sánchez-Cerrudo, el 20 de diciembre de ese año y con esta categoría estaría vinculado a la Real Academia hasta el año 1986. Su trabajo científico fue publicado en el número tres de los Anales del año 1966 y su participación activa en las tareas científicas de la Real Academia se hizo patente en las publicaciones que llevó a cabo en la revista de la Corporación hasta su incorporación como Académico de Número.

II. ANTONIO PORTOLÉS: ACADÉMICO DE NÚMERO

Por Resolución de 22 de septiembre de 1983, firmada por el entonces Secretario Perpetuo, Don Manuel Ortega Mata, se publica-

ba en el *Boletín Oficial del Estado* de 27 de octubre de ese año, la convocatoria para cubrir la vacante producida en la Medalla Número 8 por el fallecimiento del Doctor Don Juan Abelló Pascual. El 3 de noviembre de 1983 avalaban la candidatura de Don Antonio Portolés a esa Medalla, los Académicos de Número Don Román Casares López, Don Leonardo Gutiérrez Colomer y Don Ángel Vián Ortuño. En Junta General de 23 de febrero de 1984, el Doctor Portolés fue nombrado Académico de Número Electo y en 14 de marzo de ese año el Doctor Portolés manifestaba al entonces Director de la Real Academia de Farmacia, Don Ángel Santos Ruiz, que «En la tarea de cada día tendré presente la deuda contraída con la Academia», intención que con su dedicación a la Real Academia cumplió sobradamente, como iremos desvelando en su actividad en la Real Academia, pues era un hombre de Honor.

No tomaría posesión de la Medalla número 8 hasta el 16 de octubre de 1986 con el discurso de recepción titulado *Inmunofarmacología. Nuevos horizontes en Biomedicina y Farmacoterapia*. Le contestó, en nombre de la Corporación, el Académico de Número Doctor Don Alfredo Carrato Ibáñez, quien destacó del recipiendario, «entre muchas otras cualidades positivas, por su tesón en el trabajo y su capacidad para encontrar siempre soluciones idóneas entre los no pocos problemas que ha tenido que resolver», valorando su discurso como una «valiosísima ofrenda... al apasionante capítulo de la Inmunofarmacología (con) inclusión de numerosos datos provenientes de su experiencia propia» y acompañado de una extensa bibliografía.

En su intervención en esta Real Academia con motivo de la Sesión Necrológica en memoria del Doctor Don Rafael Cadórniga Carro, que tuvo lugar el 23 de marzo del año 2000, Don Antonio recordaba no sólo la prestigiosa figura científica del Doctor Cadórniga sino también su método de trabajo en equipo en la Comisión Permanente de Régimen Interior y su colaboración con él en las tareas rectoras de nuestra Corporación. La estima que ambos se tenían era mutua y el Doctor Cadórniga ponderaba incesantemente la actividad de Don Antonio al frente de la Secretaría.

Don Antonio era un hombre de fe, siempre abierto a la esperanza de un mundo mejor, gracias a la Bondad humana y al avance de la Ciencia y la Cultura, así lo afirmaba en el Discurso de la Sesión

Inaugural del Curso 2001, que tituló *Supervivencia e individualidad en Biología*, y que leyó en su lugar el Doctor Don David Martín Hernández el día 18 de enero de ese año, pues decía: «al igual que la inmunidad innata ha protegido al individuo frente al medio ambiente desde la obscura noche de los tiempos... también el comportamiento innato y el adquirido, que está modulado por la educación y la cultura, pueden preservar a nuestra sociedad en el futuro».

II.1. Labor Académica

Don Antonio, desde su incorporación como Académico de Número, fue miembro de la Sección segunda de Biología, que en el año 2002 pasó a denominarse de Biología, Biotecnología y Farmacogenómica, y como tal coordinó la Monografía número tres de Actualización en Ciencias Farmacéuticas titulada *Autoinmunidad. Algunos aspectos básicos y clínicos*, que se publicó en el año 1996.

Por otro lado, en nombre de la Corporación, presentó a numerosos Académicos Correspondientes, entre ellos a los españoles Francisco Díaz-Fierros Viqueira, David Martín Hernández, que más tarde pasaría a ser Académico de Número; Manuel Fresno Escudero, José María Rojo Hernández, José Antonio Abrisqueta Zarrabe, José Olivares Pascual, Guillermo Jiménez Gallego, al que más tarde contestaría en su discurso de recepción como Académico de Número; así como los extranjeros Victoriano Campos Pardo, Fernando Quevedo Ganoza y Rosa Altagracia Ricourt Regús. Esta tarea era particularmente grata para él, puesto que consideraba que era muy interesante la aportación de estos nuevos miembros al debate del saber en «aque- llos campos en los que el impacto de la ciencia puede influir profundamente en la sociedad contemporánea».

Asimismo su compromiso con las tareas de la Real Academia se extendió a otras actividades como miembro de la Comisión de Publicaciones desde el 17 de junio de 1993, de la Comisión de Admisiones desde el 21 de marzo de 2000 y de la Comisión de Bioética desde el 23 de enero de 2003.

II.2. Labor desde la Presidencia de Sección

Don Antonio fue miembro y tuvo a su cargo la Presidencia de la Sección 5.^a de Historia, Bibliografía, Legislación y Deontología desde el 26 de mayo de 1999 hasta el 23 de enero de 2003 en que, a tenor de los Nuevos Estatutos del año 2002, ésta pasó a ser la Sección 6.^a de Historia, Legislación y Bioética, cuya presidencia ostentaba hasta la fecha de su óbito, siendo por tanto miembro nato de la Junta de Gobierno.

Don Antonio era un lector empedernido, un erudito que además era partícipe de la erudición de sus compañeros académicos. Desde esta perspectiva fue el impulsor de que se realizaran Sesiones Conmemorativas como las del II Centenario de la muerte de Lavoisier, centenario del nacimiento de José María Albareda Herrera y el bicentenario del nacimiento de Liebig, que tuvieron lugar respectivamente los días 13 de octubre de 1994, 21 de mayo de 2002 y 6 de octubre de 2003.

Asimismo a él se debe la iniciativa para la publicación en el año 2002 del Volumen primero de la *Historia de la Real Academia de Farmacia* debida al Doctor Toribio Zúñiga y Sánchez-Cerrudo, que se hallaba inédita, y en el año 2003 para la edición en facsímil del tomo primero del *Diccionario biográfico y bibliográfico de autores farmacéuticos españoles* del Doctor Rafael Roldán y Guerrero, que se encontraba agotado.

Es digno de elogio el entusiasmo que Don Antonio puso para que en el mes de octubre de 2004 tuviera lugar la Exposición de objetos y libros antiguos procedentes del Museo Aboca de Sansepolcro (Italia), que sólo en varios días se mantuvo en nuestra sede y contó con más de dos mil visitantes.

* * *

La participación de Don Antonio en otras actividades de la Corporación se hizo extensiva a la Jornada de Puertas Abiertas de la Real Academia que se celebró el día 28 de octubre de 1992, montando una Exposición de Libros Antiguos de la Biblioteca, en la que tuve el honor de colaborar, y que fue visitada por más de un millar de personas.

Asimismo otra de sus actividades se dirigió durante tres años a la Docencia de Tercer Ciclo en nuestra Academia. Así impartió en los Cursos 1991-1992, 1992-1993 el titulado *Modificación farmacológica de la respuesta inmune* y en el Curso 1993-1994, conjuntamente con los Doctores Ángel Santos y María Cascales, el denominado *Hormonas, citoquinas y otros componentes del sistema inmune en la homeostasis del organismo*.

III. ANTONIO PORTOLÉS: ACADÉMICO SECRETARIO GENERAL

Don Antonio desempeñó el cargo de Académico Secretario, vacante por cese, a petición propia, de Don Manuel Ortega Mata, desde el 29 de mayo de 1991 hasta el 18 de septiembre de 1997 en que cesó, a petición propia, por motivos de salud. Don Antonio llevó a cabo con éxito una gestión llena de peripecias, realizada con mucho esfuerzo personal y sin que trascendiera, dada su humildad. No obstante, el 5 de marzo de 1998, Don Antonio recibió del entonces Director de la Real Academia, Don Julio Rodríguez Villanueva, un homenaje, junto a los que fueron Directores y Secretarios, en el que se le entregó una placa de plata en reconocimiento a la tarea realizada a favor de la Real Academia.

III.1. Las obras en nuestra Sede

Don Antonio se responsabilizó de importantes obras de mantenimiento de nuestra sede, el antiguo «caserón» que tantos recuerdos le traía de sus años de estudiante. Durante el último cuatrimestre de 1991 se ocupó de las obras necesarias para contar en la planta baja del edificio noble con un «Aula de Coloquios» que permitiera desarrollar las diversas actividades académicas y en el primer semestre de 1992 llevó a cabo importantes obras de remodelación en la parte del edificio que estuvo ocupada por el Instituto de Toxicología y que permitieron incorporar al recinto académico una nueva sala de conferencias, una sala para efectuar Juntas de Gobierno, otra para Juntas Generales y espacios donde se ubicaría la Sala de Recuerdos en cuya instalación tuve el honor de colaborar, procediéndose a su

apertura al público el 24 de enero de 1994 tras la Sesión Inaugural del Curso.

En el año 1995, Don Antonio abrió comunicación entre los dos cuerpos del edificio, con lo que se incrementaba la funcionalidad de nuestra sede, mientras que en el año 1996 y 1997 llevó a cabo importantes obras destinadas a la reparación de las humedades. En aquellos años no dudó Don Antonio, sin temor a romperse algún hueso o a intoxicarse con algún desprendimiento gaseoso, en dejarse caer por una trampilla muy estrecha a los sótanos que comunicaban con los colectores para comprobar por sí mismo el estado de las bóvedas subterráneas. Planteó un proyecto de saneamiento integral para evitar el deterioro de los sillares de granito, proyecto que, por motivos económicos, no se llevó a cabo entonces y que a día de hoy ha sido remediado este problema sólo en parte gracias a nuestra actuación por la subvención económica recibida.

La sensibilidad del Doctor Cadórniga, Director de la Corporación, sumada a la del Doctor Portolés, hizo posible que en 1997 nuestro edificio fuera declarado Bien de Interés Cultural, con categoría de Monumento.

III.2. El Ornato de nuestra Sede

Desde 1993 una de las preocupaciones de Don Antonio fue el adorno de nuestra sede, bien con los magníficos reposteros que encargó a la Real Fábrica de Tapices que decoran la entrada a esta sala, bien consiguiendo los cuadros que cedió en depósito la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, o bien con la exhibición de algunas representaciones del lenguaje estético de la ciencia como, por ejemplo, algunos dibujos de Cajal.

III.3. La revista *Anales* y otras publicaciones

En Junta de Gobierno de 26 de septiembre de 1991, se tomó el acuerdo de designar a Don Antonio Director de la revista *Anales*, editor de la Comisión de Aguas Mineromedicinales y «de cuantas publicaciones edite la Corporación».

Don Antonio se hizo cargo de las publicaciones de la Academia con amplia responsabilidad, mejorando la calidad del papel y de la impresión, efectuando las pruebas de imprenta que fueran necesarias. Imprimió su estilo personal a los *Anales*, pues cambió el diseño de la cubierta que desde el número uno de 1993 iba a tener sus señas de identidad, haciendo más sugestiva la presentación de la revista al elegir el fondo gris sobre el que destacaban las letras moradas y una banda longitudinal de igual color a la izquierda. Además incluyó en el texto indicadores de cabecera que facilitaban la localización de los temas y propició una mayor difusión de los artículos doctrinales y de revisión. Don Antonio enriqueció la Comisión de Publicaciones y el Consejo de Redacción de los *Anales* con un Comité Científico Internacional «para mejor atender la demanda de las colaboraciones extranjeras». Asimismo editó seis *Anuarios de la Corporación*.

En cuanto a la Comisión de Aguas Mineromedicinales, Don Antonio siempre prestó su apoyo incondicional para la publicación de los estudios que ésta llevó a cabo sobre los diferentes balnearios españoles y las propiedades de sus aguas, en concreto publicó los de La Toja, Lugo y Blancafort. En 1992 acudió, junto a la Doctora Carmen de la Rosa, Secretaria de dicha Comisión, a las Jornadas de Aguas Minerales y Mineromedicinales, organizadas por el Instituto Geominero de España, donde la Doctora de la Rosa presentó una Ponencia, atendiendo, de manera solícita como lo viene haciendo desde hace muchos años, a los deseos de la Real Academia.

Don Antonio también se hizo cargo de la publicación de las cuatro primeras Monografías de Actualización en Ciencias Farmacéuticas y de los Cuadernos Monográficos que recopilaban las sesiones *In Memoriam* de los Señores Académicos fallecidos.

La sensibilidad de Don Rafael Cadórniga y de Don Antonio hacia la Historia hizo que propiciasen la publicación en 1994 del Facsímil de la obra de Pedro Gutiérrez Bueno titulada *Prontuario de Química, Farmacia y Materia Médica*, que tuve el honor de prologar y que fue seleccionada por el Ministerio de Cultura para ser incluida en la Exposición Bibliográfica titulada «Libros de España», que tuvo lugar en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires (República Argentina).

Hoy día nos quedan además sus cinco Memorias de Secretaría en las que se aprecia su encantador y peculiar estilo personal.

III.4. La mejora de la Biblioteca

Con el escaso personal con que contaba la Real Academia durante su mandato, Don Antonio apoyó en todo momento la funcionalidad de esta dependencia y a su responsable en el cargo, el Doctor Vicente Vilas, consiguiéndose en 1995 que Becarias de la Escuela de Biblioteconomía y Documentación de la Universidad Complutense procedieran a la Catalogación e Informatización de parte del Fondo librario que inmediatamente fue incorporado al Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español.

Don Antonio donó libros suyos a la Biblioteca y además publicó desde el año 1994 en los *Anales* la relación de las personas que cada año efectuaban donaciones a esta dependencia con lo que propició una labor de mecenazgo entre los Académicos de Número, Académicos Correspondientes y particulares para incrementar el fondo librario.

III.5. El Calendario de Actividades

Don Antonio dinamizó las actividades científicas de la Real Academia, pero no era partidario de la improvisación, y el 24 de febrero de 1992 comunicaba a los Señores Académicos: «esta Secretaría está abierta a cuantas sugerencias de temas le sean propuestos, colaborando en cuantos aspectos de organización estén a su alcance». El resultado fue el incremento notable de la actividad de la Real Academia organizándose cursos, mesas redondas, conferencias y comunicaciones científicas, estableciéndose así un Programa Anual de Actividades Científicas en orden a un criterio de equidad.

III.6. El Archivo fotográfico

Otra iniciativa de Don Antonio fue la creación en el año 1994 de un archivo fotográfico que comprendiera tanto a los Académicos de Número como a los Correspondientes, e incluso a los conferenciantes invitados y sesiones efectuadas, archivo que me encomendó organizar en mi calidad de Académica Vicesecretaria y del que después

se han ocupado los Doctores David Martín y Alberto Giráldez, que me sustituyeron en la Vicesecretaría.

III.7. La Fundación «José Casares Gil» de Amigos de la Real Academia de Farmacia

Don Antonio Portolés se sumó con entusiasmo al proyecto del Doctor Rafael Cadórniga para crear una Fundación al objeto de «impulsar y gestionar los proyectos que la Real Academia de Farmacia le proponga». El Acta de Constitución data del 16 de mayo de 1994 en la que figuraban cinco Académicos de Número, los Doctores Rafael Cadórniga, Antonio Doadrio López, Segundo Jiménez, Antonio Portolés y Ángel Vián.

La Fundación inició su andadura con la celebración de las Jornadas Iberoamericanas de Ciencias Farmacéuticas, organizadas para conmemorar el 50 Aniversario de la incorporación de la Real Academia de Farmacia al Instituto de España. Dichas Jornadas tuvieron lugar desde el 24 al 29 de junio de 1996, desempeñando Don Antonio un papel de responsabilidad formando parte del Comité Organizador, gestionando el patrocinio económico de los Ministerios de Educación y Cultura y del Ministerio de Asuntos Exteriores y actuando como Moderador en la Sesión del día 28 de junio que estuvo dedicada a un problema de interés sanitario en los umbrales del siglo XXI como era *El SIDA: Un reto a la Ciencia y a la Sociedad*. Las ponencias presentadas en esta sesión fueron publicadas y estuvieron patrocinadas por la Fundación Anti-Sida de España. Don Antonio efectuó una introducción sobre *El SIDA, una nueva enfermedad viral*, en la que, como siempre, confiaba en que se dejara «entrearbierta una puerta a la esperanza».

Don Antonio se integró en el Patronato de la Fundación, que se ocuparía del gobierno de ésta, actuando como Secretario desde el 20 de marzo de 1997. Don Antonio de nuevo formó parte del Patronato desde el 3 de mayo del año 2000 en su calidad de Académico de Número.

III.8. La Sección de Galicia de la Real Academia de Farmacia

Don Antonio no sólo apoyó la creación de la Sección de Galicia de la Real Academia, hoy elevada al rango de Academia de Farmacia de Galicia, sino que formó parte de la Comisión Especial para el estudio del Anteproyecto de Estatutos de esa Sección que se constituyó el 31 de enero de 1994. La puesta en funcionamiento de la Sección se celebró el 21 de noviembre de 1996 con una sesión inaugural que tuvo lugar en Santiago de Compostela, acto al que Don Antonio asistió y participó representando a la Real Academia junto al Doctor Rafael Cadórniga.

II.9. La devoción al Doctor Ángel Santos Ruiz

Don Antonio prestó una especial devoción al Doctor Ángel Santos, quien fuera su profesor en los tiempos de estudiante y con quien compartió durante un tiempo tareas organizativas en la Real Academia de Farmacia cuando aquél era Director y él Académico Secretario. Buena prueba de ello es la placa que se le dedicó a la entrada del Aula de Coloquios el 2 de julio de 1992.

Don Ángel tenía la mejor opinión de Don Antonio en lo científico y en lo humano, prueba de ello son las palabras que pronunció en el discurso de contestación en la recepción como Académico de Número en la Real Academia de Doctores, puesto que le describe así: «persona de sana curiosidad, alerta a lo que está a su alrededor, que se revela, asimismo, como estudioso de la obra de otros con generosidad, interés y rigor».

Desde el 17 de enero de 1993, Don Ángel fue el Conservador de la Sala de Recuerdos, tarea en la que tuve el honor de colaborar con él y después, según sus deseos, de ocupar dicho cargo. Don Antonio contribuyó a engrosar los fondos de la misma con alguno de los aparatos que creó y utilizó en sus investigaciones, así como con los esmaltes en frío que hoy se exponen en la Sala Segunda del Museo que abrió sus puertas el día 3 de noviembre de este año, con motivo de la Sesión Necrológica en memoria de Don Ángel, para mostrar la obra artística de algunos de nuestros Académicos de Número, así

como el Legado Ángel Santos Ruiz 2005. Soy testigo de que la noticia de dicho Legado del admirado Profesor y Académico de Número más antiguo de la Corporación, le produjo a Don Antonio una honda satisfacción por la persona, por la importancia del mismo y porque veía cumplido el impulso a la labor de mecenazgo que desde el año 1994 labraba al publicar en los *Anales* las donaciones que anualmente se recibían para esta dependencia.

III.10. Jefe de Personal

Don Antonio asumió su función de Jefe de Personal con humanidad y delicadeza, procurando una mejor formación del personal a su cargo. En el año 1992 el entonces conserje Don Julio Feito sufrió una intervención de coronarias y además se vio sujeto a la Ley de Incompatibilidades, por lo que tuvo que pasar a la situación de excedencia voluntaria. Don Antonio influyó para que se promoviera para el cargo a su esposa Doña Josefa Castellanos, al objeto de que el matrimonio no perdiese sueldo ni vivienda y pudiera sacar a flote a su familia.

Asimismo hizo posible que Doña María José Aliaga pudiera realizar, bajo mi dirección, su Tesis Doctoral sobre la *Historia de la Biblioteca de la Real Academia de Farmacia*, contando con la anuencia del Académico Bibliotecario, a la sazón el Doctor Vicente Vilas. La Tesis fue defendida en la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid en el año 2002 y obtuvo el Premio Santos Ruiz en el Concurso Científico de ese mismo año.

* * *

Don Antonio sirvió generosamente, como hemos visto, tanto a la Real Academia como a los Señores Académicos en su calidad de *Primum inter Pares*, como gustaba recordar en los últimos años el Doctor Segundo Jiménez, y haciendo realidad aquel dicho: *Haec bene si serves, tu longo tempore vives*.

IV. ANTONIO PORTOLÉS, MIEMBRO DE OTRAS ACADEMIAS

La personalidad académica de Don Antonio no quedó circunscrita a los límites de nuestra Corporación, pues fue distinguido con el nombramiento de Miembro Activo de la New York Academy of Sciences en 1965, de Académico de Número de la Sección Farmacia de la Real Academia de Doctores, cuya toma de posesión se produjo el 12 de mayo de 1993 con el discurso titulado: *El reto y el estrés: dos aspectos de la capacidad de adaptación y sus consecuencias para el Sistema Inmune*, que fue contestado, como hemos citado anteriormente, por el Doctor Ángel Santos; y de Académico Correspondiente de la Academia Peruana de Farmacia, que le incorporó el 24 de octubre de 1992 con el discurso de recepción titulado: *Inmuno-Moduladores de Origen Vegetal*, que fue leído por la Doctora María Cascales al no poder él desplazarse a Lima en esa fecha.

* * *

Finalmente no quisiera terminar mi intervención sin expresar mi homenaje personal al Doctor Antonio Portolés, al que recuerdo por su humanidad, su elevado concepto de la responsabilidad, que le hizo ser una persona consecuente y cordial, por su simpatía personal, su carácter alegre, chispeante, como buen madrileño, y positivo, por su ánimo constante, como asistente asiduo que era, en los prolegómenos de las juntas, reuniones y sesiones celebradas en la Corporación, así como por su creatividad en el campo científico y cultural.

Particularmente recuerdo de su tiempo de Académico Secretario, lo gratas que eran las reuniones preparatorias de las Juntas de Gobierno, Juntas Generales y Comisión de Hacienda, en las que reinaba un espíritu de confraternidad, como no podía ser menos en aras del respeto a los Señores Académicos.

Para mí fue un honor tenerle a mi lado en la Audiencia que su Majestad el Rey Don Juan Carlos I ofreció al Pleno de la Real Academia el día 22 de febrero de este año.

Querida María Teresa y familia, pudiera parecer que la figura de Don Antonio había quedado en la penumbra del olvido, pues su nombre no está escrito en piedra, pero habéis de saber que por su Bondad, Buen Hacer y Trato Exquisito, él ocupará siempre un lugar indeleble en nuestra memoria y en nuestros corazones. Descanse en paz.